

Una caja de herramientas de historia social con perspectiva de género en Argentina

Gabriela Mitidieri*

¿Qué herramientas del marxismo y del feminismo tenemos a mano quienes buscamos historizar las vidas de las mujeres trabajadoras que nos antecedieron en América Latina? ¿De qué categorías nos valemos quienes además estuvimos atravesadas por un contexto de intensificación de nuestras luchas feministas en Sudamérica? ¿Cómo sedimentaron esos aprendizajes en maneras novedosas de comprender la realidad que vivimos?

La propuesta del presente dossier me lleva a hacer un repaso, algo personal, pero que en cualquier caso tiene la marca de aprendizajes colectivos, en las calles y en las aulas.

* Becaria doctoral CONICET en Historia con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones de Estudios de Género (IIEGE) de la Universidad de Buenos Aires, activista feminista y LGTBIQ.

Formo parte de un grupo de Historia Social y Género, un espacio construido por una generación de historiadoras feministas anterior a la mía, que en la última década se ocuparon de estudiar, traducir y poner en común lecturas que nos ayudaran a pensar de maneras complejas las experiencias históricas de trabajadoras y trabajadores de Argentina, desde una perspectiva de género, abriendo a discusión sus propias investigaciones y acompañándonos en nuestros primeros pasos en el oficio.¹

En paralelo, mis inquietudes feministas silvestres fueron encontrando también otros espacios de intercambio y de intervención política. Los *Encuentros Nacionales de Mujeres*, que en Argentina tienen ya una historia de más de tres décadas y media, me acercaron a grupos de debate y acción en torno a la demanda por el aborto legal, seguro y gratuito. Los *Encuentros* son algo difícil de explicar, pero imagínense una multitud de asambleas temáticas atravesadas por miradas feministas, un clima de fiesta y congregación y alegría entre compañeras, una gira itinerante que año a año desde 1986 se da cita en una ciudad diferente de Argentina.

Por su parte, el avance neoliberal que tuvo su punto de condensación en la candidatura y presidencia del empresario Mauricio Macri, también me abrió nuevos interrogantes que fui tratando de responder en grupo, al sumarme a espacios de lo que por aquí hemos dado en llamar sucesivamente *izquierda independiente*, *nueva izquierda* o *izquierda popular*. Estos diversos motes buscaban hacer referencia a un distanciamiento respecto de prácticas y enfoques de la izquierda trotskista local, sobre todo en lo que hacía a dejarse interpelar por el feminismo y a pensar a la clase y sus tareas de maneras menos deterministas y economicistas.

Por más que parezca que estas dos experiencias sólo tienen en común confluir en mi biografía (y en el de algunas compañeras con las que tuve la suerte de cruzarme en espacios similares), en realidad remiten a influjos históricos similares que me exceden ampliamente. Mi manera de

¹ Sitio web del grupo en la página del IIEGE <http://genero.institutos.filo.uba.ar/historia-social-y-g%C3%A9nero> Agradezco la lectura, comentarios y sugerencias de mi amiga Florencia D'Uva, quien también forma parte del grupo y lleva adelante una investigación hermosa sobre las experiencias de trabajadorxs de los ferrocarriles en Argentina en las primeras décadas del siglo XX.

entender el marxismo y el feminismo, juntos, entreverados, a veces en tensión, no pueden explicarse sin dar cuenta de lo que cada una de esas experiencias tiene de particular, así como de lo que creo que tienen en común.

Podríamos decir que en buena medida el marxismo en el que me formé como historiadora a partir de mi ingreso en aquel grupo está ligado a las formulaciones del investigador Edward Palmer Thompson en la década de 1960, en la que fuera una de sus grandes obras, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Su apuesta historiográfica, en el marco del grupo de historiadorxs marxistas británicxs entre quienes se contaban Eric Hobsbawm, Christopher Hill y Donna Torr, entre otrxs, rompía con un modo bastante monolítico de pensar a la clase trabajadora. Los autores marxistas que indagaban en la historia de lxs trabajadorxs solían pensar en términos de una especie de ecuación matemática en la que la existencia de la clase se deducía automáticamente de su relación con los medios de producción. Se trataba de análisis que no estaban exentos de teleología: la fuerza de la heterodoxia stalinista había construido modelos esquemáticos de etapas concatenadas que se superaban sucesivamente y cada instancia pasada era juzgada desde un presente “superador” en términos de conciencia y acción de clase. Thompson, por el contrario, buscó aproximarse a la categoría de clase en su cualidad relacional, dinámica, y entendió a la conciencia de clase como una sedimentación histórica, contingente, de tradiciones, valores y prácticas compartidas. La clase debía entenderse para él como un proceso, como una relación histórica que ocurre cuando algunas personas “como resultado de experiencias comunes, sienten y articulan la identidad de sus intereses entre sí” y contra otrxs “cuyos intereses son distintos a los suyos.” Por su parte, el debate acalorado en el que se trenzó con Louis Althusser en torno a cómo lograr que la revitalización del marxismo no viniera de la mano de un idealismo abstracto, trajo como aporte la noción de “experiencia” como un indicio empírico a estudiar a la hora de analizar el pasado, para aprehender el conjunto de prácticas, respuestas e intervenciones creativas de lxs sujetxs, en su validez histórica y contingente, lejos de la enorme condescendencia de la posteridad y de los juicios morales de la historiografía teleológica.

Pero esto es un ensayo feminista escrito desde el sur, así que no vamos a cargar las tintas enalteciendo nomás a un varón blanco cis-heterosexual inglés, por más guapo y estupendo que haya sido. Hacerle justicia al bueno de E.P. implica que también leamos sus producciones a la luz de un tiempo histórico, de unos contactos específicos, de una red de influencias directas e indirectas. Probablemente, estas maneras de pensar a la clase y sus acciones no habrían sido las mismas de no haber estado situadas en un momento de crítica aguda a las derivas stalinistas de la Unión Soviética desde la propia izquierda, en un contexto de interpelaciones de cierto feminismo de la segunda ola que también estaba por su parte casándose y divorciándose y volviéndose a amigar con las herramientas teóricas del marxismo, con la presencia potente de jóvenes de las antiguas colonias ensanchando los márgenes de la ciudadanía en la metrópolis y denunciando el racismo al que eran sometidos y sometidas, jóvenes entre quienes se encontraban futuros intelectuales como Stuart Hall, llevando a cuestras su trayectoria como migrante desde Jamaica a Londres. Eran tiempos de discusiones que tanto Hall como sus compañerxs de la *New Left Review* tuvieron en torno a la dimensión cultural de la experiencia de clase y de raza, dentro de una academia que se reconocía dentro de las luchas políticas cruciales de la época. Discusiones que recuperaban, por ejemplo, las intensas elaboraciones teóricas al respecto que tres décadas atrás había hilvanado un joven Antonio Gramsci en su lucha contra el fascismo italiano.

En particular, me interesa destacar las producciones de historiadoras sociales herederas de la perspectiva teórica de Thompson, que renovaron la agenda de la historia social con inquietudes vinculadas con la historia de las mujeres y los estudios de género. Se trataba de reparar en la dimensión sexuada de la experiencia de clase, en la forma en la que las relaciones de género modularon de modo particular en diferentes momentos de la historia, las relaciones de clase. Dorothy Towers Thompson, Catherine Hall, Carolyn Steedman, entre otras, constituyen exponentes que, con agendas de preguntas que también tuvieron su historicidad específica, generaron estudios potentes acerca de la agencia de mujeres trabajadoras, los contornos particulares de su acción política y los procesos de feminización de ciertas actividades laborales en el siglo XIX

inglés. Sus aportes teórico-metodológicos emanaban de una indagación de fuerte base empírica, en donde la pregunta por el género no apelaba a marcos estáticos ni a modelos universales a priori. Por el contrario, estas historiadoras buscaban resituar y otorgarle entidad a la agencia histórica de mujeres trabajadoras, así como también observar pautas de masculinidad obrera específicas de un tiempo y lugar determinados. Esto implicaba un quiebre interesante que rompía con la noción ahistórica o transhistórica o universalizable de “Patriarcado”. Porque así como el capitalismo ha sufrido cuestionamientos, embates, mutaciones, poder observar las relaciones de género en su carácter cambiante y contingente aportaba riqueza historiográfica, además de las esperanzas feministas en torno al proyecto de tirar abajo el patriarcado con nuestras luchas.

La apropiación y resignificación de aquellos aportes en nuestro país los complejizaba al calor de nuevos debates y procesos políticos². El retorno democrático hacía posible la apertura a ciertas discusiones, pero también mostraba las dificultades para pensar en claves novedosas a la clase trabajadora sin abjurar de un marxismo que era visto por muchos y muchas como “pasado de moda”. En los años 90 del siglo XX, a las máximas sobre “el fin de la historia” se le sumaba una primacía de los aportes foucaultianos para pensar la historia en general y los estudios de género en particular. Aunque la riqueza de su mirada acerca de la sexualidad como una dimensión humana que es preciso historizar resulta innegable, las producciones de sus sucesores muchas veces adolecían de una mirada totalizadora sobre el poder y sus dispositivos que volvían banal cualquier pregunta por la agencia de lxs sujetos del pasado.

En 2006 se organizó formalmente el Grupo de Historia Social y Género dentro del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, reuniendo a un conjunto de historiadoras que deseaban poner en común sus propias y distintivas derivas de investigación, las cuales reunían elementos de historia de las mujeres, historia social del trabajo, historia política e

2 Para una historización en primera persona sobre la recepción de E.P. Thompson entre historiadorxs de Argentina, ver Lobato, Mirta Zaida, 2013.

historia oral. Cursé con Valeria Pita, Debora D'Antonio y Andrea Andújar, miembros fundadoras del Grupo, una materia llamada Problemas de Historiografía: Historia Social con Perspectiva de Género, en el año 2011, dictada para la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Universidad de Buenos Aires. Todavía entonces había que buscar con lupa las materias que hablaran de estudios de género o de historia de las mujeres en las academias locales. Todavía entonces el feminismo era una especie de mala palabra, un santo y seña para las poquitas convencidas que hacían parte de grupos marginales pero que no cesaban en su afán de ponerle el cuerpo a las luchas, de nombrar aquello que todavía no terminaba de ser nombrado como violencia, como injusticia. La materia fue vivida por mí y por otras compañeras muy queridas que la cursaron como un resquicio, una grieta feliz en la carrera, en la que una nueva camada de historiadoras tuvimos la suerte de congregarnos. No sólo por el indudable componente feminista que se respiraba en el aula, sino también porque repensar el pasado con las herramientas marxistas de la historia social implicaba desmontar entelequias abstractas que habían estructurado nuestro paso por la carrera. Dejar de usar como comodín a la hora de elaborar un trabajo práctico palabras como Estado, Sociedad, Movimiento Obrero, pero también Mujer, Patriarcado y Heteronorma, era una oportunidad por indagar en experiencias sociales situadas, hombres y mujeres de carne y hueso que hacían su vida, aunque no eligieran las condiciones materiales en las que se encontraban insertos. Dejar de pensar en términos de representaciones, imaginarios y prescripciones también resultaba una novedad para comenzar a buscar pistas sobre los términos propios con los que aquellos hombres y mujeres entendieron aquello que estaban haciendo. En el trabajo, en el sindicato, en la familia, en una huelga, frente a la justicia. Pensar la historia de esa manera (una historia CON mujeres) en una carrera que tiene poco de reflexión epistemológica y casi nada de formación metodológica fue un antes y un después. Tanto en lo que tuvo que ver con dar los primeros pasos en el oficio, como en las experiencias políticas feministas y de izquierda en las que ingresé en simultáneo. Porque permitía pensar en la labor casi artesanal de la historia que se escribe y ponía de manifiesto el carácter aun tan positivista de una disciplina que

a veces sigue analizando las fuentes en su cualidad de supuesta pureza y transparencia. ¿Qué preguntas les hacíamos a ese manojito de papeles viejos para poner en evidencia que ahí, en ese pasado, trabajando como se podía, de lo que se podía, había también mujeres?

Llegar a la militancia de izquierda con aquella incipiente formación me sirvió de ayuda. Se trataba de una izquierda, como dije, que había atravesado el desafío de comprender sin soberbia ni condescendencia, poniendo a prueba sus herramientas teóricas y conceptuales, la experiencia de trabajadorxs insertos en movimientos sociales, en colectivos piqueteros o de trabajadorxs-desocupadxs en los años '90 y 2000. La rebelión popular de 2001 también había aportado un enorme caudal de reflexiones en las que se entrecruzó el pensamiento autonomista, el feminismo, y una profunda necesidad de revisar de manera crítica nuestra historia reciente. Por eso, estar ahí, dentro de esa nueva izquierda, me permitía también pensar a la clase en su complejidad, para entenderme a mí y a mis compañerxs como trabajadorxs, parte de esa clase, para abandonar la teleología de una historia obrera etapista, o de una conciencia cada vez más cabal e iluminada. Para pensar el trabajo de un modo más enrevesado que aquel que se realiza en la industria o el que produce valor. El feminismo y la formación en historia social con perspectiva de género tuvo su aporte también para entender cómo el conjunto de actividades que sostienen al sistema –y que tienen la potencialidad de subvertirlo– a los trabajos domésticos, de cuidados, a las labores feminizadas y racializadas, a las difíciles de organizar y sindicalizar.

Saltemos algunos años más adelante. Como feministas en Argentina, vivimos en carne propia eso que aprendimos de la historia social marxista: no hay teleología, no tenemos el diario del lunes en la mano mientras hacemos camino al andar. Lidiamos con el azar, la contingencia, sabemos de las chispas que encienden la mecha, íbamos entendiendo cómo era eso de apoderarnos de un recuerdo que relampaguea en nosotras en un instante de peligro. El feminismo comenzaba a volverse de masas, los debates salían a las calles, a las plazas, entraban a las casas y a las camas, ingresaban esta vez sin permiso a la academia, los lugares de trabajo, los sindicatos. Nada salía de un repollo: la labor incansable de nuestras

antecesoras, los intercambios novedosos en medio de una coyuntura acuciante a través de redes sociales, todo tomaba un sentido de trabajo acumulado que rendía frutos. Los *Encuentros de Mujeres*, ahora los nombrábamos también *de Lesbianas, Travestis y Trans*, porque hasta la aparentemente inocente categoría *Mujer* también reclamaba ser ensanchada a codazos, para hacerle justicia y lugar a experiencias nuevas, o a experiencias que siempre habían estado ahí pero habían sufrido su cuota de subalternización hetero-cis-sexista. Las discusiones acerca del carácter patriarcal y racista del capitalismo que comenzaron a tener lugar en diferentes espacios y coordinaciones nos arrimaron a los consejos de las compañeras de una generación previa, que sabían que en los cruces entre feminismo y marxismo durante la Segunda Ola (entonces, cuando Segunda Ola remitía a feminismo y no a presente epidémico perpetuo) había herramientas a redescubrir para pensar nuestro presente. Los espacios de izquierda más bonitos comenzaron a leer a Silvia Federici y a Rosa Luxemburgo y a Nancy Fraser y a Angela Davis. Algunos pocos, además, entendieron que el feminismo es también praxis y se dejaron atravesar por nuevas lógicas, por dinámicas disruptivas. Habitaron la incomodidad. Otros, respondieron con modificaciones formales sin alterar de raíz las estructuras en las que las compañeras seguíamos siendo destinadas a las tareas sensibles y de cuidado de nuestros espacios políticos.

Siento que los desbarajustes que trajo a nuestros cotidianos el covid-19 no podrían haberse transitado sin los aprendizajes de ese entrecruce de marxismos y feminismos en el que me sigo formando. Volver a las casas, quedarse en ellas, ¿qué quiso decir para quiénes no elegimos ni la monogamia, ni la heterosexualidad, ni la maternidad obligatoria? Una conciencia sobre los trabajos hechos, sobre el carácter feminizado de los mismos, una atención puesta en delimitar el tiempo transcurrido puertas adentro, para que hubiera lugar para otra cosa que no fuera trabajo. Una conversación permanente con otros y otras para pensar qué sentidos sobre la salud queríamos disputar, una necesidad de soñar otros horizontes posibles por fuera del realismo capitalista, una imaginación política abierta para resistir la monotonía mezclada con incertidumbre y desazón. Un diálogo con experiencias diferentes a las propias, hacer red mientras se hace burbuja, sentir las distancias, aprender que los riesgos

que se corren nos implican colectivamente. Son aprendizajes que también se colaron en mi investigación del pasado, en la atención a esa malla densa y tupida de relaciones sociales en la que trabajadoras de la costura del siglo XIX estuvieron insertas, de la que fueron parte. Redes que le dieron sentidos a sus acciones, que pusieron a disposición herramientas para la sobrevivencia diaria. Este marxismo-feminismo plástico y dinámico para pensar la increíble complejidad del pasado, sin teleologías, sin marcos fijos, sin respuestas absolutas, resultó ser un gran aliado para estos momentos ingratos. Resultó un combustible creativo para no dejar de politizar el conflicto. Y para confiar en la inagotable capacidad humana de quienes nos valemos de nuestro trabajo para sobrevivir – teletrabajos, trabajos precarios, no remunerados o mal pagos– que no cesa en el intento de ensanchar nuestros márgenes de acción. Para así encontrar juntxs algo parecido a una vida digna de ser vivida.

BIBLIOGRAFÍA

- Alma, Amanda y Lorenzo, Paula (2009). *Mujeres que se encuentran. Una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina (1986-2005)*. Buenos Aires: Ed. Feminaria.
- Andújar, Andrea (2014). *Rutas argentinas hasta el fin: Mujeres, política y piquetes, 1996-2001*. Buenos Aires: Ed. Luxemburg.
- Andújar, Andrea; Palermo, Silvana; Pita, Valeria Silvana, & Schettini, Cristiana (2013). “Presentación Dossier: Sirvientas, trabajadoras y activistas. El género en la historia social inglesa”. *Mora*, (19), 61-64. <https://doi.org/10.34096/mora.n19.446>
- Hall, Catherine (2013). “La historia de Samuel y Jemima: Género y Cultura de la clase trabajadora en la Inglaterra del siglo XIX”. *Mora*, (19), 83-100. <https://doi.org/10.34096/mora.n19.458>
- Lobato, Mirta Zaida (2013). “Edward Palmer Thompson y su Formación de la clase obrera en Inglaterra: una lectura posible”, *Revisita Rey Desnudo*, Año II, núm. 3.
- Palermo, Silvana (2007). “¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917”, en Bravo, María Celia; Gil Lozano, Fernanda y Pita, Valeria Silvana (comps.) *Historias de luchas, resistencias y representaciones*.

- Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Pita, Valeria Silvina (2012). *La Casa de las Locas. Una historia social del manicomio de mujeres. Buenos Aires 1852-1890*. Rosario: Prohistoria.
- Schettini, Cristiana (2006). "Esclavitud en blanco y negro: elementos para una historia del trabajo sexual femenino en Buenos Aires y en Río de Janeiro a fines del siglo XIX", *Entrepasados*, núm. 29, 43-62.
- Schettini, Cristiana (2012). "Exploração, gênero e circuitos sul-americanos nos processos de expulsão de estrangeiros (1907-1920)". *Revista Tempo*, vol.18, núm. 33, 51-73.
- Steedman, Carolyn (2013). "El trabajo de servir: las tareas de la vida cotidiana, Inglaterra, 1760-1820". *Mora*, (19), 101-126. <https://doi.org/10.34096/mora.n19.459>
- Thompson, Dorothy (2015) *The Dignity of Chartism*. London: Verso Books.
- Thompson, Dorothy (2013). "Las mujeres y la radicalidad política en el siglo XIX: una dimensión ignorada". *Mora*, (19), 65-82. <https://doi.org/10.34096/mora.n19.457>
- Thompson, Edward Palmer (1976). "Folklore, Antropología e Historia social". Conferencia en el *Indian History Congress*.
- Thompson, Edward Palmer (1980) *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward Palmer (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 Tomos, Barcelona: Crítica.